

oidos sordos a su rumor, pudieran dar a quienes vivan el ejemplo de lo que puede su constancia como lección de vida, volviendo a surcar el Val de Carábanos tranquila y libremente, sin ansias ni malecones, fecundando mansamente la tierra en que el hombre ha de vivir y lo hace muchas veces empeñado en hacerla inhabitable.

No sólo la bodega y la estación se extinguirán en el abandono como tantas otras, sino la misma vía puede ser reemplazada por el transporte sin carril y verse arrastrada por las aguas, quedando los arbolillos de Huerta, primeros que preceden al jardín de Aranjuez, simbolizando el triunfo de la naturaleza que supo inclinarse al paso del vendaval desatado por el hombre para que no los desarraigara, dejándolo de pasar hasta perderse en su locura.

La casa de la fábrica

Inesperadamente pasé por su puerta hace unas semanas. La recordé y tuve que fijarme para reconocerla. Hecho a verla arrogante y como reina de los Sitios, no daba con ella confundida entre otras de moderna traza.

Aunque lavada la cara la encontré envejecida, arrugada y como rehundida en el suelo, cuando tan alta y destacada estuvo siempre. La contracción de la vejez es en ella tan manifiesta que impresiona y para colmo tenía en la parte alta una tablilla diciendo: "Se vende", que condena a su desaparición la primera y la principal casa de los Sitios.

No sé quien autorizará la venta, pues la última dueña que conocí fue la hija de Don Antonio Castillo, el prestigioso Alcalde, Dolores Castillo, que no tuvo hijos ni creo que a su muerte existieran herederos directos, pues su madre era hermana del filósofo alcazareño Don Tomás Tapia, rebrotando en ella la rama valetudinaria.

La casa fue de mucha potencia y la Dolores la tenía como dice Corralio Paniagua, como el ampo de la nieve, a fuerza de estropajo y arena con polvos hasta desgastar los poyos.

Después de más de cuarenta años de no andar por la calle ya no sé lo que ha pasado, pero de la fábrica que compró Simón Castellanos Pérez-Pastor, el mayor del tío Pití, primo hermano de mi madre, bien se ve que no queda nada y solo la casa principal en poder de la Dolores, mantenía el recuerdo legendario y el aire de grandeza de lo que un día fue castrense institución y remedio de las necesidades alcazareñas.

Vivir para ver y para dejar de ver.

La casa señorial que antes se veía desde el arco de la plaza en campo despejado, erguida y protectora, ahora no se ve ni estando junto a ella y pronto habrá desaparecido sin dejar la menor huella de su existencia ni aún en la historia por hacer de esta villa, tan frágil de memoria y tan propicia siempre a pasarle la esponja al encerado para borrar las huellas de sus plantas en el caminar de la vida.